

---

# Presentación

---

## GABRIELA ROSSI

CONICET - Universidad de Buenos Aires  
Instituto de Filosofía "Dr. Alejandro Korn"  
Facultad de Filosofía y Letras,  
C1406CQJ Buenos Aires (Argentina)  
rossigabriela@gmail.com

## CAROLINA DELGADO

CONICET - Universidad Nacional de General  
Sarmiento  
Instituto del Desarrollo Humano  
1613 Los Polvorines (Argentina)  
cdelgado@ungs.edu.ar

**Abstract:** We offer an introductory account of rationality in ancient philosophy and an outline of each contribution to the volume. These articles explore a wide range of topics concerning rationality in antiquity: from logical and semantic aspects related to the bases of rationality in Aristotle to ontological models in which rationality plays a leading role, such as the Parmenidean and the Stoic. They also explore what could be called the "softer" versions of rationality found in Aristotle's rhetoric and natural philosophy.

**Keywords:** Models of rationality, antiquity, ontology.

**Resumen:** En esta presentación realizamos un breve balance de la importancia del estudio de la racionalidad en la filosofía antigua, y presentamos un sumario de cada uno de los artículos que integran el volumen, los cuales dan cuenta de un amplio abanico de cuestiones que se abren a partir de su temática central: desde aspectos lógico-semánticos que atañen a las bases de la racionalidad en Aristóteles, hasta aquellas concepciones ontológicas en que la racionalidad tiene un papel preponderante, como la parmenídea y la estoica, pasando por versiones más "blandas" de la racionalidad, en sede retórica y de filosofía natural aristotélicas.

**Palabras clave:** Modelos de racionalidad, antigüedad, ontología.

RECIBIDO: ENERO DE 2013 / ACEPTADO: FEBRERO DE 2013

**E**n este volumen monográfico, *Anuario Filosófico* reúne los trabajos de un conjunto de investigadores internacionales dedicados al estudio de la filosofía griega, que centran su atención en esta oportunidad sobre la cuestión —enunciada en términos muy generales— de la racionalidad en el pensamiento antiguo. Cada uno de los artículos constituye un valioso aporte tanto en relación con la temática general del volumen como también, según podrá constatarse, en lo referido al recorte particular de dicha temática que en cada caso acometen.

Aun a riesgo de incurrir en un lugar común, no es posible dejar de señalar, al menos someramente, el interés creciente que el pensamiento filosófico contemporáneo ha mostrado por la cuestión de los así denominados “modelos de racionalidad”, ni dejar de indicar los intentos realizados, desde diversas áreas de la filosofía, en favor de una rehabilitación de la racionalidad que consiga superar el así llamado “modelo moderno”. En este sentido, el recurso al pensamiento antiguo ha presentado, como se sabe, una amplia gama de indagaciones notablemente fecundas a la hora de repensar estas cuestiones. Como es lógico, sería impracticable aquí, sin embargo, proponerse un abordaje completo de las diversas aristas que tiene un problema de tal índole; por eso, hay que advertir que los textos recogidos a continuación cubren únicamente un espectro de problemáticas específicas, de autores y de períodos de la antigüedad de alcance limitado, aunque al mismo tiempo el lector podrá comprobar que los distintos planteamientos efectuados logran dar cuenta de un amplio abanico de cuestiones conectadas con el núcleo central.

Antes de consignar una breve presentación de cada una de las contribuciones, conviene señalar mínimamente las grandes áreas que ellas exploran. En torno a un primer eje temático se agrupan dos estudios cuya perspectiva resulta, por definirla sumariamente, lógico-semántica. Alrededor de este eje, se mueven los planteamientos de los artículos de J. Mittelmann y de F. Mié, los cuales discuten problemas estrechamente relacionados con las condiciones básicas para la racionalidad, tales como, en el primer caso, la cuestión de la corrección en las definiciones según el tratamiento aristotélico del error por exceso en ellas y, en el otro, la defensa aristotélica del principio de no contradicción en tanto principio intrínseco de la norma-

tividad semántica. Un segundo núcleo, de corte epistemológico, aunque desde una perspectiva más “flexible” de la racionalidad, es encarado en los artículos de B. Botter y de Ch. Rapp, quienes se ocupan, en el primer caso, de explorar ciertos presupuestos de la ciencia de la naturaleza en confrontación con los escritos lógicos del estagirita, y en el segundo de indagar la teoría de las emociones en sede retórica y, específicamente, de la única emoción que el estagirita habría definido como un tipo de deseo racional. Finalmente, una tercera instancia temática, cubierta por las presentaciones de M. Abbate y de R. Salles, emerge en torno a dos concepciones ontológicas de la antigüedad, donde la cuestión de la racionalidad adquiere indudable relevancia: la ontología parmenídea fundada en presupuestos filosóficos auto-evidentes opera deductivamente adquiriendo la índole de una conceptualización fuertemente lógico-racional; en el caso de los estoicos, el supuesto “lo racional como superior a lo no-racional” apoya uno de los argumentos que defienden que el cosmos mismo es un sujeto pensante.

Como se ha indicado ya, cada uno de estos trabajos se ocupa específicamente de un aspecto particular de la temática global que los nuclea; se reseña, a continuación, el contenido de cada uno de ellos.

En *The emotional dimension of friendship*, Ch. Rapp se ocupa del concepto de *philia* (amistad) tal como es tratado por Aristóteles en *Retórica* II 4, explorando los textos de modo minucioso y preciso para ofrecer una respuesta a la pregunta de si, y hasta qué punto, la *philia* tal como es presentada en este texto puede considerarse una emoción. Al cabo de la discusión, llevada adelante con la rigurosidad y lucidez que es costumbre en sus escritos, Ch. Rapp logra mostrar que, a pesar de las anomalías presentes en su tratamiento, la *philia* es considerada como una genuina emoción, como por ejemplo el miedo y la ira, en *Retórica* II 4.

Tras precisar el propósito específico del tratamiento de las emociones en *Retórica* II, destinado a proveer al orador la información necesaria para provocar una determinada reacción emocional en su auditorio, Ch. Rapp señala que no puede darse por sentado sólo a partir de ello que la *philia* sea necesariamente una emoción en el contexto de *Retórica* II 4. El autor identifica y discute, en tal sentido, tres anomalías en la definición de *philia* (y el verbo asociado, *philein*) en

este texto. Un primer aspecto que resulta atípico es que, mientras que todas las emociones comparten la característica de ser acompañadas de placer o de dolor (cf. *Ética Nicomaquea* 1105b21), la *philia* es la única emoción cuya definición no hace mención alguna del placer y el dolor. De hecho, es la única emoción definida como un tipo de deseo racional. Ch. Rapp explica esta anomalía matizando el modo en que el placer y el dolor se relacionan con las emociones y mostrando cómo, de este modo, el deseo racional en que consiste la *philia* tiene implicaciones que pueden ser descriptas en términos de placer y dolor. En las definiciones de las restantes emociones discutidas en *Retórica* II 4, Aristóteles menciona ciertos hechos o estados de cosas cuyo conocimiento por parte del agente funciona como disparador de la emoción en cuestión. En el caso de la *philia*, no obstante, ello no ocurre, y esto constituye una segunda anomalía. Además de dedicar un interesante análisis fenomenológico a las particularidades del amor como emoción, Ch. Rapp sostiene convincentemente que en el texto de *Retórica* Aristóteles ofrece algo así como un sustituto de lo que podríamos llamar una “razón” para el caso de la *philia*, concretamente: el reconocimiento de la actitud benevolente del otro. La última anomalía en el tratamiento de la *philia* concierne a la estructura del capítulo en que ella es discutida. En lugar de describir, como en los otros casos, el tipo de personas respecto de las cuales surge la emoción, los estados mentales en los que sentimos determinada emoción y las razones por las que surge en nosotros tal emoción, Aristóteles se limita, en el caso de la *philia*, a describir el tipo de personas respecto de las cuales tenemos esta emoción. Ch. Rapp explica esta anomalía, a su vez, apoyándose en la peculiar naturaleza de la *philia* como emoción.

R. Salles, en *La razón cósmica en el estoicismo y sus raíces platónicas*, emprende, con su ya reconocida rigurosidad, un análisis de la tesis estoica en favor de la racionalidad del cosmos. Esta tesis, como muestra el autor, no pretende sólo postular la idea de que el cosmos resulta racional por contener en sí el conjunto de los seres racionales; el carácter racional del cosmos tampoco parece derivarse de, ni consistir simplemente en, el hecho de que el universo tenga una estructura inteligible. El estoicismo, sostiene R. Salles, parece defender, más bien, junto con lo anterior, una versión fuerte de la tesis

enunciada, es decir, el cosmos sería racional por constituirse en un sujeto de procesos racionales o, en otras palabras, porque sería él mismo un sujeto inteligente que razona y piensa. Para la defensa de esta postura el estoicismo recurre a una serie de argumentos tomados de la filosofía platónica que, en este artículo, son localizados en las fuentes pertinentes tanto estoicas como platónicas. Es de destacar que el autor no señala sólo la conocida influencia del *Timeo* o de determinados pasajes del *Filebo* en la cosmología estoica, sino que indica también una precisa sección del *Fedón* en la que puede verse que aspectos centrales de la metafísica platónica han operado en la configuración de la idea de razón cósmica en el estoicismo.

Los argumentos estoicos en favor de la racionalidad del cosmos son clasificados por R. Salles en cuatro familias argumentales; cada una de estas familias es distinguida de las demás desde una perspectiva lógica, esto es, en la medida en que las premisas que fundan un tipo de argumento son independientes de las que fundan los demás. La primera familia reúne argumentos de índole teleológica y defiende que, al ser lo inteligente superior a lo que carece de inteligencia, y, puesto que no hay nada superior al cosmos, necesariamente el cosmos debe ser inteligente. La segunda familia combina argumentos de la teoría embriológica estoica con otros de carácter metafísico (principio de sinonimia causal) y argumenta que, dado que el cosmos ha generado al hombre inteligente, y que, en términos generales, si una cosa genera otra, la primera debe tener las mismas propiedades que la segunda, el cosmos tiene que ser él mismo inteligente. La tercera familia se sustenta en argumentos mereológicos, es decir, se apoya en la idea de que estamos compuestos de sustancias anteriores a nosotros que también forman parte del cosmos, de manera que, si nuestra inteligencia es una sustancia o parte de la que el cosmos también está compuesto, éste debe ser también inteligente. La cuarta familia aglutina argumentos que se basan en una idea organicista del cosmos, el cual, en tanto cuerpo orgánico complejo, contaría con una “parte rectora” que cabría identificar con la inteligencia.

La tarea que acomete M. Abbate en su artículo *Ferrea razionalità e logica ineludibile nel monismo ontologico assoluto di Parmenide* consiste en ofrecer, sobre la base de una lectura cuidadosamente revisada de los fragmentos, un nuevo apoyo a la interpretación monista de

la ontología parmenídea; ésta —sostiene el autor— resulta la única capaz de mostrar la coherencia y lógica incontrovertibles que rigen el pensamiento del Eleata. En este contexto, la interpretación propuesta por M. Abbate se distancia de propuestas exegéticas recientes, como las de P. Curd<sup>1</sup> y J. Palmer<sup>2</sup>, que defienden la presencia en la obra de Parménides, especialmente de la segunda parte del poema, de una ontología abierta a la admisión de la pluralidad de los entes.

El autor afronta en su trabajo dos grandes temáticas, a saber, una primera, centrada en la “noción pura de ser” (*eon*), y otra concerniente al mundo fenoménico. En relación con la primera, M. Abbate sostiene que en la ontología parmenídea la vía que conduce al conocimiento de la auténtica naturaleza del ser se inicia con el análisis del concepto puro de ser (*eon*) y que es, a partir del examen mismo de esta noción, como el Eleata arriba a la conclusión de que la esencia originaria del ser sería su absoluta auto-identidad. Esta concepción ontológica se funda, como subraya el autor, en el carácter evidente del principio de identidad, que se presenta aquí en estado embrional con el rango de una ley lógica. La primera parte del extenso fragmento 8 presenta, además, lo que M. Abbate denomina la “analítica parmenídea del ser”, esto es, la delineación de la naturaleza del *eon* a través de sus predicados; el autor defiende, a este respecto, que las propiedades específicas del ser identificadas por Parménides pueden ser derivadas de modo directo de un análisis de la noción pura de ser en la que éstas se encuentran implícitas. Con respecto a la segunda temática, M. Abbate defiende, muy competentemente, la tesis de que resultaría del todo equivocado interpretar el tratamiento parmenídeo relativo al mundo fenoménico y a su dimensión doxástica como si se tratara de una descripción cosmológica positiva; antes bien, habría que advertir que con ella Parménides intenta, más bien, subrayar la absoluta incompatibilidad del universo fenoménico de índole ilusoria y apariencial con el carácter unitario e inmutable del ser. La insistencia con que Parménides recomienda al filósofo conocer las opiniones humanas, y no exclusivamente la vía de la autén-

---

1. P. K. CURD, *The Legacy of Parmenides. Eleatic Monism and Later Presocratic Thought* (Parmenides Publishing, Las Vegas, 2004).

2. J. PALMER, *Parmenides and Presocratic Philosophy* (Oxford University Press, Oxford, 2009).

tica verdad del ser, ha de ser atribuida no al reconocimiento de un cierto valor en ellas, sino más bien a la necesidad de ponerse al abrigo de los errores en que ellas pueden llevar a incurrir. El sistema de pensamiento a que da lugar el universo de la *doxa* se revela como un sistema contradictorio, pues —en palabras de M. Abbate— éste “implica en sí la imposible relación entre ser y no-ser y, con ella, el concepto absurdo, para el pensamiento auténtico, de no-ser”.

B. Botter, en *Metodo scientifico e osservazione nei trattati naturali di Aristotele*, se ocupa de los tratados biológicos de Aristóteles desde el punto de vista metodológico, dejando clara su solvencia en un tema sobre el cual ha realizado ya importantes aportes. La autora aborda en su texto un problema debatido en el ámbito de los estudios aristotélicos en los últimos decenios: el referido a si el modo en que Aristóteles desarrolla la ciencia biológica es conforme al modelo normativo estipulado para la ciencia en los *Analíticos*, o si los tratados biológicos son incompatibles con la epistemología del propio estagirita. Tras un ponderado examen del estado de la cuestión, la autora deja en claro que tiende a alinearse con quienes sostienen que el ideal de los *Analíticos* estaría presente de algún modo en los tratados biológicos, y ello por razones tanto cronológicas como sistemáticas. B. Botter explica de qué modo el escrito *Sobre las partes de los Animales* I retoma y reelabora en sede biológica la epistemología de los *Analíticos*, discutiendo los principios metodológicos que Aristóteles utiliza en los tratados naturales como hipótesis teóricas de las demostraciones biológicas. Allí, Aristóteles estipula que tras registrar los hechos, ellos deben ser explicados a través de sus causas, y que la primacía explicativa corresponde, en el caso de la biología, a la causa final. El procedimiento de registro de los hechos es llevado a cabo, como se sabe, en el tratado *Investigación sobre los Animales*; pero, señala B. Botter, las numerosas observaciones contenidas en dicho tratado no están desconectadas de la lógica que ya desde un comienzo las guía. En otras palabras, los tratados naturales no constituyen un conjunto de datos empíricos, sino que las observaciones en cada caso son ya pensadas desde el cuadro teórico explicativo delineado en *Sobre las partes de los Animales* I, y ello resulta evidente a partir de ciertas decisiones que toma Aristóteles al recabar estos datos empíricos, algunas de las cuales se revelan como abiertamente falsas. Esto

ocurre en el caso que B. Botter toma como ejemplo: el de la función del cerebro. Por una parte, Aristóteles sostiene erróneamente que el temperamento del cerebro es frío y húmedo; una equivocación que, según defiende B. Botter, proviene, en última instancia, de un error de método: Aristóteles habría realizado esta observación empírica en animales heterotermos y la habría generalizado a todos los animales usando el método analógico. Ahora bien, de acuerdo al método expuesto en *Sobre las partes de los Animales* I, Aristóteles tiene que dar la causa final del fenómeno observado; es decir, explicar para qué el cerebro, tal como es, es una parte del animal. Sin renunciar a su fuerte cardiocentrismo, y forzado metodológicamente a asignar alguna función al cerebro, Aristóteles argumenta erróneamente que la función de este órgano es la de atemperar el calor que proviene del corazón, refrigerando la sangre de modo tal de mantener la temperatura del animal dentro de los límites favorables para la supervivencia.

El artículo de Fabián Mié, *Implicaciones semánticas y metafísicas de la atingencia del principio de no contradicción en Metafísica Γ 4*, lleva a cabo un examen de las estrategias argumentativas asumidas por Aristóteles en la obra mencionada con vistas a efectuar, en contra de sus negadores, una defensa del principio de no contradicción (PNC). La tesis principal del autor, sólidamente aquí sustentada, es que el PNC se apoyaría en la semántica de los términos sustanciales; F. Mié se distancia, así, de otras lecturas, como la de M. Wedin<sup>3</sup>, que mantienen, por el contrario, que el PNC no admitiría una restricción a enunciados esenciales sobre sustancias, sino que aplicaría, más bien, a toda clase de entidad, sustancial o accidental, bajo la condición de que ella posea una determinación esencial, ya que la subordinación a una de las categorías sería suficiente para atribuir a cualquier entidad algo que ella es “por sí”. En su argumentación, F. Mié comienza analizando, en primer lugar, la clasificación aristotélica de “ser por sí” en *Metafísica Δ 7* y concluye, contra las lecturas mencionadas, que este concepto no es el que se encuentra involucrado en el requisito de significación que Aristóteles intenta imponer en *Metafísica Γ 4*. En su estudio el autor analiza, en segundo lugar, las dos primeras pruebas

---

3. M. V. WEDIN, *Aristotle on the Range of the Principle of Non-Contradiction*, “Logique et Analyse” 25 (1982) 87-92.



que el estagirita consigna en la sección 1006a28-1007b18 de *Metafísica*. Como indica F. Mié, si bien en sentido estricto no cabe hacer según Aristóteles propiamente una demostración del PNC, resulta posible, en cambio, probar por refutación que quien niega ese principio estaría comprometiéndose a su vez con determinadas implicaciones semánticas insostenibles; esto conduciría, según el estagirita, a revalidar indirectamente la vigencia del PNC. La primera prueba aristotélica tiene su punto de partida en la idea de la unidad semántica de los términos, es decir, en el hecho de que un nombre tiene significado si significa algo y significa algo si significa algo uno. Según esto, a cada nombre genuino (“hombre”) le correspondería una descripción (“animal bípedo”) o un número limitado de descripciones que no pueden ser entre sí contradictorias; caso contrario, el nombre carecería de todo significado y sería imposible, al mismo tiempo, tanto aseverar algo como también utilizar estos recursos lingüísticos en tanto dispositivos para la argumentación racional; como muestra F. Mié, la necesidad de la unidad semántica de los términos implica, en consecuencia, el compromiso con el PNC. La segunda prueba tiene su base no sólo en esta condición primera del significado de los términos, sino también, y específicamente, en la distinción aristotélica, introducida en *Metafísica* Γ 4, entre términos en sustanciales y accidentales. Dado que el PNC regula para Aristóteles la relación predicativa entre sujetos y predicados sustanciales, ese principio concerniría a aquellos términos que identifican sustancias. A quien niega el PNC habría que mostrarle que esa negación es consecuencia de la equiparación de términos sustanciales y accidentales, cuando la identificación de un término sustancial como sujeto evita el regreso al infinito en las atribuciones predicativas. En su evaluación general, F. Mié considera que, en última instancia, “la defensa del PNC no descansa en el mantenimiento soterrado de un dogma metafísico, sino en el esclarecimiento de los compromisos semánticos que se ponen en juego en nuestro uso de una pieza elemental del lenguaje natural”.

J. Mittelman, en *Redundancia, definición y predicación*, ofrece un original y valioso estudio sobre el tratamiento aristotélico de los casos de definiciones erróneas “por exceso” tal como éste es presentado en *Tópicos* VI 3. Allí el estagirita diseña una estrategia para responder a quien, en un debate dialéctico, pretende invalidar la argumentación

de su interlocutor sosteniendo que la definición provista por éste “dice varias veces lo mismo”. En el análisis del problema que plantea la definición errónea “por exceso”, J. Mittelmann comienza por examinar el texto de *Tópicos* VI 3 mostrando que ciertos aspectos del abordaje aristotélico allí acometidos se encontrarían vinculados con dificultades similares que el estagirita estudia en otros lugares del *Órganon*. El estagirita pone a disposición del polemista las herramientas necesarias para discernir cuándo una definición es redundante y cuándo esa redundancia es sólo aparente, pues no todas las secuencias reiterativas revisten efectivamente carácter redundante. En este sentido, habrá que distinguir una mera acumulación de términos de lo que en realidad es una articulación predicativa, en la que no todos los elementos están al mismo nivel sino que unos se predicán de otros; esto se vuelve relevante porque el núcleo del error “por exceso” reside en la predicación y no en la sola repetición de un término. Así, para defenderse de la objeción de haber incurrido en una definición errónea “por exceso”, Aristóteles proporciona un instrumento que consiste en distinguir *secuencias predicativas no redundantes* de *secuencias redundantes no predicativas*. Con base en *Sobre la interpretación* 11, el autor muestra que en el análisis de los predicados conjuntivos lo que el estagirita considera inválido no es, nuevamente, la repetición de un mismo término, sino el redoblamiento predicativo que origina el “exceso” de la secuencia del caso. En concreto, el autor argumenta aquí que la infracción consistente en “decir varias veces lo mismo” afectaría menos a rasgos específicos de la definición que a características de la predicación en general y, en este sentido, los resultados de este trabajo proveen apoyo también para defender una interpretación inclusiva (y no sólo excluyente) del sistema aristotélico de los predicables. El análisis paralelo de *Tópicos* VI 3 y el capítulo 11 del *Sobre la interpretación* muestra que, para afrontar la objeción de haber incurrido en el error de dar una definición “por exceso”, es fundamental contar con una habilidad dialéctica común que posibilitaría distinguir dos circunstancias diferentes, a saber, los casos en los que se está ante secuencias aditivas de términos y aquellos otros en los que se está ante secuencias de encabalgamiento predicativo de términos.

Las dos editoras asociadas desean expresar su reconocimiento más sincero a los autores que han participado en este trabajo común

por la disposición abierta con que han contribuido activamente a su realización. De igual modo, ambas desean manifestar también su gratitud al Consejo de Redacción de *Anuario Filosófico* por haberles otorgado la oportunidad de coordinar este volumen y, en especial, reconocen su deuda con A. Vigo que las alentó con su confianza en la posibilidad de llevar adelante este proyecto, y dan las gracias también a M. García-Valdecasas por la atenta dedicación que les ha brindado a lo largo del proceso que aquí culmina.